

# Dormir la Historia... ¿por qué? El mito de la Bella Durmiente... ¿por qué no?

FRANCISCO CASTROVELARDE

ACdP Málaga

*Qui minus cruore profunditur  
qui spectat  
quam ius cui fecit.*

Hay que cuidar las obras del espíritu. Y también el espíritu de las obras. En apenas una decena y media de folios no hay espacio ni tiempo para otra cosa que ir directos al corazón, a la nobleza, grande o residual, que aún abrigue el alma de los dirigentes para levantar su capacidad de conocer y reconocer quiénes son, y en su caso enderezar lo torcido. Si tenemos y de verdad queremos ser Luz del Mundo, Sal de la Tierra y darles nosotros de comer, la Lectura del Viernes 22 de Septiembre de 2017 tomada de la primera del apóstol san Pablo a Timoteo (6,2c-12) es elocuente: esto es lo que tienes que enseñar y recomendar, enseñar otra cosa distinta, sin atenerse a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo y a la doctrina que armoniza con la piedad, es de orgullosos e ignorantes que padecen la enfermedad de plantear cuestiones inútiles y discutir atendiendo sólo a las palabras. Esto es lo que a la postre provoca envidias, polémicas, difamaciones, sospechas maliciosas, controversias propias de personas tocadas de la cabeza, sin el sentido de la verdad, que se han hecho de la dignidad humana medio y afán de lucro. Es verdad que defender la dignidad siempre supone ganancia, pero debemos contentarnos con poco. Reparar en que sin nada vinimos al mundo, y sin nada nos iremos de él. Teniendo qué comer y qué vestir nos basta. Los que diciendo

que defienden la dignidad humana buscan distinción, reconocimientos y riquezas, caen en la tentación, las trampas y los afanes absurdos y nocivos, que les hundan a sí mismos y a los hombres que les rodean y que están a su cuidado, en la perdición y la ruina. La codicia es la raíz de todos los males, y muchos, arrastrados por ella, se han apartado de la fe y han acarreado muchos sufrimientos. Tú, en cambio, hombre de Dios, huye de todo esto; practica la justicia, la humildad, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mesura y la delicadeza. Combate el buen combate de la fe. Conquista la vida eterna a la que fuiste llamado, y de la que hiciste noble profesión ante muchos testigos.

Vivir de otra manera, en el oscuro trasdós de una máscara, es como meternos en el interior de una caja vacía de la que salir fuera muy complicado. Lo mejor de *un cuento*, empero, no puede ser su moraleja final colocada al principio. No basta con hacer saber (esclarecer e iluminar, sí; pero para salar el Mundo). Hay que saber qué hacer, poder y querer hacerlo. Y si la sal se ha vuelto sosa o la luz se coloca bajo la mesa... Es necesario creer en ese que-hacer que urge, una llama de Luz tan delicada como indispensable y eficaz. Todo está siempre por hacer. Ese es el pan nuestro de cada día, con que se nos manda alimentar la dignidad humana de todos (“dadles vosotros de comer”). Debemos cocerla en el horno del sacrificio personal (“negarnos a nosotros mismos al echar mano al arado sin mirar atrás”). Hundir los cimientos en la roca de los fundamentos sobrenaturales (“sin Mí nada podéis”) manantial vivo en el que hay que beber hasta saciarnos (“el que beba de este agua nunca más tendrá sed”). Lograr la visión indispensable (“Señor que vea”) de las obras más nobles a las que estamos llamados. Obras que no son nuestras, y de las que un día se pedirá cuenta. Admitamos que el dirigente de humo y paja actual se aleja día a día, más y más del perfil ideal de hombre creado por Dios a su imagen y semejanza: en él ese refocilarse en lo tortuoso, la falta de sinceridad, la deslealtad y la traición habrían sido totalmente imposibles. Pero este otro hombre de polvo y paja de hoy es habitual que sobre arena promueva inmensos castillos de naipes que a la mínima brizna de aire se vienen abajo. Eleva frágiles estructuras, cobijo de débiles caracteres. Está despersonalizado, no sabe quién es, no se reconoce, ni recapacita ni rectifica si fuera necesario. Siempre está justificado ante sí mismo. El perdón que pide no es verdad. Tiene autoridad sólo entre secuaces, no es capaz de vínculos más profundos que los que la ambición y el miedo generan en su entorno de simple, pusilánime y quebradizo gregarismo político. La punta del iceberg de lo que vemos sobre las aguas es sólo una minúscula parte de la mole de hielo desconocida que se oculta en lo más profundo. Pero no a los ojos de Dios que ve su pecado mayor. La soberbia, la vanidad, el orgullo, el amor propio, contagian a

quienes les siguen en una huida hacia el peligro. Pendientes de ocupar entre la masa un lugar aparente, notorio y sobresaliente, dejan los espacios interiores de la dignidad humana abandonados y solitarios. Aunque la linde que han cogido se acabe, ellos siguen adelante. Huyen, siempre huyen, pero sólo hacia el abismo. Incapaces de reconocer que se equivocaron. Sin rectificar jamás. Su penitencia son simples golpes de pecho. Chuffa, chuffa que como no te apartes tú..., le decía el maño a la locomotora. Un pitido en vano trataba de disuadirle de cruzar las vías del tren a su paso a lomos de su borrico. Sabemos que hace ya mucho tiempo que el testimonio de las palabras mejor dichas y escritas no se lee ni se escucha. Necesitamos el compromiso de las obras más sólidas. El encuentro al que va dirigida esta Comunicación ¿abre de verdad la puerta a una ocasión propicia para conseguir mover montañas? ¿Hay consciencia y disposición ante lo que sucede de la necesidad del acto heroico (para conocerse y dominarse cada uno a sí mismo) y de la vocación a la santidad (para poner el amor de la presencia y la experiencia de Dios, ante todas nuestras miserias)? Estas condiciones materiales, espirituales y psicológicas deben sellar el Congreso con timbre de urgente en medio de este actual erial de escombros. Los ha generado la confusión interesada: el relativismo (más dogmático que cualquier fundamentalismo y más totalitario que cualquier otro fanatismo), el individualismo, la masificación, la despersonalización, el desfallecimiento de la vida espiritual y el fortalecimiento materialista y consumista determinan que esta dejación obvia, arrivista y patética de la auctoritas deforme hoy los gobiernos del Mundo con alusiones simpáticas a verdades alternativas, cada día con perfiles más dramáticos en contra de la dignidad humana, sin que se atisben mecanismos de defensa eficaces. Con un torpe y elemental carboncillo en la mano es bastante para probar por el temple de las obras, la claridad de nuestra fe. No les damos de comer. Como animales echamos rancho en el pesebre donde se hacinan, para usarlos como bestias de carga. Y se pedirá cuenta.

Siempre ha sido extraordinaria (en el más pleno sentido de la palabra) la dificultad de vivir el don de la fe en un Mundo sin auténtica libertad, sin respeto a la dignidad humana. Extraordinaria pero no imposible. En la soledad del rincón oscuro de esa prisión donde se han arrojado hoy, abandonados a la suerte de su olvido, los espacios interiores del ser humano, la fe es un consuelo que dota de fortaleza al espíritu. Descubrir, aceptar, seguir en pos y defender la Verdad va indisolublemente unido a sentir que la defensa de la Libertad y la Dignidad humana no es ninguna pasión inútil. Pero la de una auténtica libertad creativa que alumbrará siempre al místico que se precisa; no la ñoña de simple maniobra que ciega al fariseo o al escriba que

deploramos (hoy como ayer en la cátedra de Moisés se han sentado escribas y fariseos hipócritas a quienes se pedirá cuenta de sus infidelidad e iniquidades, haced lo que dicen pero no hagáis lo que hacen porque hacen lo que no dicen y dicen lo que no hacen).

Se atribuye a George Bernard Shaw esta sentencia: “we have no more right to consume happiness without producing it, than to consume wealth without producing it”. Quizá porque no le gustara quejarse sin hacer nada efectivo por tratar de cambiar las cosas, Shaw se distancia de la mayoría y no le basta ver cómo las cosas son y preguntarse simplemente ¿por qué?, prefiere debatir sobre cómo deberían ser las cosas para preguntarse en realidad: ¿y por qué no?

Este relativismo –de moda de una era que, apegada a los adelantos técnicos, la exhibe como un niño su juguete nuevo– evidencia comportamientos extrañamente infantiles pero ha calado los sacos que almacenaban la sal del Mundo. La ha diluido, la ha rebajado en su calidad de tal modo, que esa sal se nos ha vuelto sosa. Admitámoslo. No somos lo que decimos; ni sal de la tierra ni luz del mundo (y no todo el que dice Señor entrará en el Reino de los Cielos). Hacemos lo que no decimos. Decimos lo que luego no hacemos. Y jamás admitimos lo que hacemos, pensamos, queremos y sentimos de verdad. ¿Qué clase de Luz pensamos que podemos ofrecer a un Mundo que sigue caminando a tientas en la oscuridad? Pensadlo: ¿y si alguien, con posibilidad de controlarnos y facultad para juzgarnos y condenarnos, estuviera siguiendo cada uno de nuestros pasos en público y hasta en la intimidad? Pues Dios lo ve todo, queridos amigos. Y se pedirá cuenta...

Por el contrario, un tipo así, de simple libertad de maniobra caprichosa, en función de fútiles intereses coyunturales de cada momento, sin nada permanente que conservar y defender, que debiera repugnar a quienes decimos haber formado rectamente una conciencia cristiana, oprimde hoy sin reacción efectiva aparente la dignidad humana y trata de privarnos de nuestra verdadera libertad creativa dejándose llevar de su propio instinto. ¿Dónde está la sal de la tierra? Por los suelos para que la pise la gente (si la sal se vuelve sosa sólo sirve para que la echen fuera y la pise la gente). Estábamos avisados, No podemos quejarnos. Y quien escupe al Cielo encima le cae.

Pero hoy la ceguera es tal que ninguna imagen parece suficiente para abarcar un concepto. Y la sordera tan profunda que ni habiéndose encarnado la Palabra en el ser humano, se escucha. Por eso es más tiempo de testimonios de amor puro que de profecías de calamidades. Cuando planteamos la consideración de la simple libertad de maniobra como un sucedáneo en función de intereses concretos, lo que se intenta decir lo hemos podido te-

ner todos ante nuestros ojos. Recordad la imagen del Evangelio del hombre que edifica sobre arena. Capaz de alzar un imperio de intereses entramados, pero no sobre sólida roca. He ahí el hombre de humo de hoy en mis afanes entretenido que cree que le pertenecen o que debe poder conquistar. Cuando la mínima brizna de brisa sople falla sobre el castillo de naipes falla su frágil equilibrio, y todo se le viene abajo.

Ese hombre actual de frágiles estructuras contemporáneas está retratado por la Historia, el Arte, la Literatura... o el Cine. El cine (luego veremos la Ciencia, la Historia...) no puede permanecer indefinidamente en la duda en cuanto a su propia identidad. Como arte preferentemente narrativo también tiene una misión que cumplir, además del negocio o el entretenimiento, y puede ser muy útil que lo haga en busca de la Verdad al servicio del Bien Común si se presentan propuestas llenas de contenido y se refinan los modos de expresión. La Historia del siglo XX sigue proporcionando razones y secuencias que necesitan de un narrador consciente, aplicado y riguroso en los muchos traumas colectivos que tienen que ser contados. Pero también el cine ha vendido su propia primogenitura por el plato de lentejas que le ofrece el negocio de aquí al servicio del superfluo entretenimiento o el espectáculo que debe seguir con el cartón de palomitas entre las manos del espectador. La cultura y el arte se rebajan a puro exhibicionismo. Mercancía desechable de compra y venta al precio entonces siempre caro, de una entrada barata.

En la película *Norman: El hombre que lo conseguía todo* las notas klezmer (género musical de la tradición askenazí de Europa del Este, interpretado por los klezmorim, especialmente en bodas u otras celebraciones) marcan el compás de los movimientos ante nuestros ojos de Norman Oppenheimer, un veterano charlatán, un engatusador, que a golpe de labia se las apaña para relacionarse con las más altas esferas de la comunidad judía neoyorquina y a base de pequeños favores sacar no sabemos qué partido para sí, con la excusa no siempre verdadera, de ganancia para todos. Una parábola judía sobre la ambición y el tráfico de influencias. Una tragedia sombría, repleta de ironía y humor, que permite a Richard Gere abrazar con entusiasmo uno de esos papeles que un actor de su edad espera ansioso, representar: el tipo relativista y descreído, La mera casualidad relaciona a Norman con alguien que llegará a ser Premier del Estado judío y con Alex, la mujer que comparte su fila de asiento en un viaje en tren. Ambos encuentros tendrán enormes consecuencias en su vida, no necesariamente tan positivas como parecen. En el Mundo de abiertas relaciones en el que Norman nada como pez en el agua (cambiando a uno lo que necesita por lo que el otro ambiciona) Alex le dice: "Lo que necesito es... tener la satisfacción de saber que estoy en condi-

ciones de hacer el Bien que el Mundo precisa hoy, ahora, aquí, en este mismo momento". Norman no puede intuir siquiera las consecuencias que van a tener sus fantasías, ingenua y atropelladamente reflejadas sobre un papel ante la mente perspicaz y analítica de Alex. Las cañas se vuelven lanzas un día. Y entonces un abogado de un buen bufete de Nueva York, le recomienda que si ha fallado la simple maniobra, abandone también toda idea de creatividad. Cuando sopla esa ligera brisa y el castillo de naipes se tambalea, estallan, supuran y escuecen en cada poro de la vacía existencia de Norman sus consecuencias. Pero Norman, con su cartera siempre en bandolera, bajo su gorra, amarrado a su teléfono y enfundado en su mismo abrigo color melocotón, lejos de ceder, da una nueva vuelta de tuerca, se enrosca en su libertad de simple maniobra y trata de aprovechar ese contacto que un día hizo con Alex (pues ignora que ella es la causa del problema), quiere resolverlo. Pero sólo un cambio auténtico en su forma de ser y de estar puede encauzarlo. No el seguir tecleando números de móvil de forma compulsiva. El Mundo que Norman representa quiere seguir huyendo hacia adelante, como siempre ha hecho. Hacia el abismo. Pese a los consejos del abogado, no aprovecha la encrucijada para abandonar de una vez esa forma de ser y de estar en el Mundo. No... No nos cansamos de dar patadas contra el aguijón. Cuando el orgullo, la vanidad, la soberbia, el empecinamiento del ser humano coge una linde, es posible que la linde se acabe, pero lo más probable es que el hombre con toda su carga a cuestas siga...

Y todos sabemos por qué. Norman también lo sabe... Pero mientras se sigue enroscando más y más mientras huye hacia adelante, se lo pregunta... se hace la víctima: por qué a pesar de su deseo de ayudar, y de su confianza de que puede hacerlo, el Gabinete de ese político se empeña en ordenarle que deje de usar su nombre. Le pide que no se reuna bajo ningún concepto con nadie relacionado con las investigaciones abiertas. Recibe ese jarro de agua fría simbólicamente "en la calle". Y la calle le cuenta "por qué". Hay un indigente que, día a día, ve mendigar unas moneditas en la misma zona. Y cuando decide abordarlo, para saber por qué parece seguirle a él siempre allí adonde va, se queda perplejo. Ese indigente se comporta con él, se le ofrece a él, para lo que necesite, y lo hace de la misma forma insólita que él aborda a los demás. Casi escucha sus propias palabras, sus mismos razonamientos, hace sus mismos gestos, tiene sus mismos tics, y hasta le ofrece una tarjeta. Un indigente se le ofrece y se siente capaz de ayudarlo ¡¡¡a él...!!! Así es como Norman cae en la cuenta de cómo le ven los demás. Y en ese momento se ve literalmente, tirado en medio de la basura. Pero ¿da un paso atrás? ¿Cambia por eso? No; al contrario: sigue adelante... Y verá que las mismas personas a

las que ha ayudado no sólo le van a arrastrar por el suelo, sino que tratan de explicarle que es inevitable, que es lo mejor que pueden hacer. Pero aún con todo y con eso ¿cambia acaso Norman Oppenheimer de punto de vista? No. No lo hace. El hombre tipo que está al frente del Mundo de hoy sigue inexorable la misma linde. Parece que hace el sacrificio final, pero es otra la moraleja: sigue adelante cuando allí sólo encuentra el vacío.

Hay que cambiar la pregunta, como decía Shaw; quizá sea todo cuestión de cambiar la pregunta. No sobre lo que es preguntarse un ¿por qué? sin respuesta. Sino ante lo que debe ser, abrir un ¿por qué no? concreto y decidido a cambiar las cosas. Averiguar cuál sea esa otra forma posible que existe de ser y de estar en el Mundo. La mera pseudo-libertad de simple maniobra, por muy elástica que nos parezca y mucha comodidad que en ocasiones nos proporcione, es un don descafeinado por nosotros a mero sucedáneo que nos somete a la peor esclavitud por lo que se nos pedirá cuenta: la claudicación ante el enemigo sin dar siquiera la batalla al propio sometimiento de mí mismo. Descascarillar nuestra auténtica libertad creativa entraña la gravísima responsabilidad de empezar a perdernos nosotros mismos. Desistir como hombres y como cristianos. Cualquier ejercicio de libertad, cuando se malversa el sentido genuino de la misma, al no ir encaminada al encuentro del Bien y la Verdad, se convierte en cadenas que nos oprimen y cerrojos que nos encierran, sea cual sea la apariencia externa y por muy cómodas y apetecibles que nos puedan parecer.

No queremos. No queremos admitir que todo poder procede de lo alto. Y que de todo se habrá de rendir cuenta. Cuanto más logro humano se alcance, mayor cuenta habrá que rendir. Por muy hermosas y elásticas que nos hayan resultado en vida esas cadenas que nos sujetan aquí, en la otra vida se pedirá cuenta de nuestra renuncia a la verdadera libertad creativa que es la que reconoce, acepta, defiende y sigue en pos de la Verdad. ¿Nos cuadrarán entonces los números al céntimo?

De ahí que lo que hoy se nos propone como tarea (“dadles vosotros de comer”, la ocupación –más que la simple preocupación– del cristiano en su vocación social y caritativa) no dependa sólo del deber, ni de poder o no poder. Ni siquiera de la voluntad del sujeto, de un querer, sino principalmente de creer, y cuando al fin se pida cuenta, se aclarará definitivamente. ¿Crees tú esto, Marta?

¿Crees tú esto? le pregunta Nuestro Señor a Marta cuando ésta sale a su encuentro llorosa por no haber estado allí Jesús antes de la muerte de su hermano Lázaro. No sabía que todo lo que ocurre en realidad, si pasa, servirá siempre, al fin y a la postre, para manifestar la Gloria de Dios. Sencillamente,

porque el Mal jamás podrá tener la última palabra, ni siquiera aunque nosotros no hagamos nada (que hemos de hacerlo, pues no pasará desapercibido ni un sólo ademán de nuestra negligente pasividad). Marta sólo pensaba en lo que humanamente deseaba: ver vivo a su hermano.

Detrás de la profecía proclamada de la Palabra de Dios, lo que aparece a mis ojos, es todo un choque, una especie de contradicción continua, a menudo una negación. Está la profecía a Abraham: “Mira al cielo y cuenta las estrellas, si puedes [...] Así será tu descendencia” (Gen 15,5). La realidad visible contesta entonces: “¿Cómo es posible esto? Tienes cien años y el seno de tu mujer Sara es estéril y se encuentra consumido por el tiempo”. También Jesús pronuncia sobre el pan y el vino: “Esto es mi cuerpo, esta es mi sangre”. Para quien escucha “es duro este lenguaje” (Jn 6, 60). Y cuando se profetiza que “Dios es Padre” lo que aparece a la vista es: ¿Cómo es posible que Dios sea Padre ante la injusticia, el hambre en el mundo, el infierno que viven algunos seres humanos, si mi hijo murió, mi familia me abandona, ¿cómo es posible que Dios sea Padre? Si afirmo con toda mi fuerza que la Palabra de Dios es eterna y que la profecía se cumplirá, trastorno la realidad, supero el peso de la apariencia visible, de mi gravedad, entro en una órbita de luz, vivo una realidad divina y espiritual, hago presente en mí el Reino de Dios en este Mundo, venzo al Mundo que me rodea y que trata de asfixiarme. Dios es Padre cuando creo que no soy un simple hombre, sino que soy de verdad hijo de Dios. Creer no pertenece a nuestra dimensión natural; corresponde ciertamente a nuestra dimensión divina, Hombre de humo de hoy dime: ¿crees esto?

El Mal existe, el sufrir pasa. El haber sufrido, queda. Recibir los contratiempos con esperanza, escucharlos con fe y discernirlos con caridad. Si esa fe, esa esperanza y esa caridad alcanzaran el tamaño de un simple grano de mostaza, se convertirían en verdaderos actos de amor puro, y así siendo auténticas, moveríamos montañas, como muchos santos han demostrado y se sigue demostrando a diario. Se necesitan simples actos de amor puro. Sin mezcla de interés alguno. Intención de amar en el amor, vacía de todo lo demás...

Con gracejo galaico se dice en donde la lluvia es arte: *Eu non creonas bruxas, pero haberlas haylas*. Parece querer decir que lo que en definitiva creamos no cambia lo que las cosas son. Del derecho o del revés, todo es sólo lo que es, aunque en este mundo relativista y traidor, nada sea verdad o mentira. Y todo dependa del color, del cristal con que se mira. Pero eso es por la dureza de nuestro corazón pues sabemos que en el principio no fue así. ¿Crees tú esto, Marta?

Procuraremos buscar la verdadera Libertad creativa que, cuanto mejor sea nuestra posición, cuanto más alcance nuestro poder, más crece nuestra



responsabilidad y mayor cuenta habremos de dar de cómo hemos invertido unos talentos que no se nos dan en propiedad, sino en administración. Y de los que por ello habremos de rendir cuenta redonda, perfecta y cumplida, un día. ¿En qué intereses pues me afano? Loco debo ser, si no soy santo. Sin duda hemos nacido para salvarnos, y que tenemos que morir, es infalible. Pensar en no ver a Dios es condenarme. Triste cosa es, pero ¿posible? ¡Y tan posible! ¿Y cómo me río, y duermo, y quiero agradarme? ¿Cómo todo mi amor es para lo visible? ¿En qué me ocupo y en qué me encanto? Si tengo por mi gusto, gusto tanto y no me espanto, loco debo de ser, pues no soy santo. Si no procuro con humildad el descubrimiento, la aceptación, defensa y seguimiento en pos de la Verdad. ¿Creo yo esto...?

Desde el principio de los tiempos se nos mandó no adorar ídolos. Y bajo toda suerte de excusas (¿cuándo te vimos, Señor, perseguido, necesitado, sediento, hambriento, desnudo, cautivo, enfermo y no te socorrimos?) hemos vendido la primogenitura de Hijos de Dios por el plato de lentejas de los afanes del Mundo. Pero ninguna valdrá para enjugar nuestra responsabilidad cuando la cuenta se nos pida por el puesto que se nos dio, No mires para otro lado, tú que me lees sabes bien que hablo contigo. No otra, sino ésta, sabes que fue la Buena Nueva del Evangelio: que no sirven los rodeos que demos ante la necesidad del hermano que yace asaltado y desangrándose en el camino. Si Dios permite que haya injusticias es para que nosotros les demos de comer nuestro consuelo. Si permite enfermedades, para que aliviemos el sufrimiento que causan. Si permite que haya todo tipo violencia no es porque Dios esté lejos del hombre, sino para que nosotros le acojamos y le consolemos a Él en el que las sufre de cualquier forma. ¿Crees tú esto?

La pregunta por tanto que sigue al mandato caritativo “dadles vosotros de comer” no es, como muchos se han hecho ni siquiera ante los crematorios de los campos de exterminio, ¿dónde está Dios? La pregunta era, es y será ¿dónde está el Hombre que se dice Hijo de Dios, ante un hermano que sufre injusticias? ¿Dónde está el poder que se le ha concedido? ¿Para qué lo usa? ¿En qué se encanta sentado en su sitio preferente día a día mientras el sufrimiento sigue?

El hombre es el que se ha apartado del sufrimiento de su hermano, dando un rodeo se aleja, no quiere líos. El ser humano individual y, por extensión, la sociedad en su conjunto, está en este momento en que el ateísmo comunista ha visto cómo caían sus muros, atenazado como anunció San Juan Pablo II, por un aquietamiento de la sociedad occidental ante otra forma de ateísmo materialista mucho más atroz posiblemente. Se mira el ombligo ante la dictadura del relativismo, el fundamentalismo del máximo beneficio,

el individualismo neoliberal ante el que todos miramos para otro lado. La crisis que ha devastado a la antes tan necesaria clase media como dique de contención de tentaciones revolucionarias no ha venido sola sino de la mano de alguien que se ha beneficiado con ella y de algo que no la quiso frenar sino servirse de sus efectos devastadores. Pero se pedirá cuenta. La recuperación con creces del coste de los beneficios sociales del Estado del Bienestar para los menos favorecidos (salarios, despido, educación, sanidad, jubilación, etc.) ha orquestado un riguroso plan de montañas ingentes de estafas que han privado de sus legítimos ahorros a personas sencillas, sacrificadas toda su vida para tener seguridad para sí y los suyos a base de esfuerzo y renunciadas, han desaparecido o mermado planes y garantías para completar las pensiones de jubilación, han perdido sus trabajos y luego sus casas por no poder pagar las hipotecas, sin que haya esperanza para ellos en medio de largos pleitos que jamás verán terminar antes de morir. Se pedirá cuenta: a los asaltantes y a los que damos un rodeo y seguimos caminando.

“Que el malvado abandone su camino, y el criminal sus planes; que regrese al Señor, y Él tendrá piedad; a nuestro Dios, que es rico en perdón. Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos –oráculo del Señor–. Como el cielo es más alto que la tierra, mis caminos son más altos que los vuestros, mis planes que vuestros planes” (Is 55, 6-9). Loco debo ser pues no soy santo. Sigo mirando para otro lado mientras sufren mis semejantes. Y cuanto mayor es mi poder y mejor es mi posición, más superficiales son mis miras y más proliferas y sin sentido mis razones, más flatulentos mis densos discursos. Meras palabras. *Flatus vocis*. Se me pedirá cuenta.

Lo único que conviene enseñar, aprender y recomendar es muy sencillo realmente. Si alguno se aparta de la búsqueda permanente de la Verdad, orientada al Bien Común y a la Dignidad de la Persona, cualquier otra cosa distinta del amor de Dios y al prójimo, es orgullo e ignorancia, enfermizo planteamiento de estériles cuestiones con las que la burra no se cansa de dar vueltas a la noria sin sacar agua de un pozo seco, discusiones vacías de sentido y llenas sólo de palabras que aturden como platillos que resuenan cuando falta en su encuentro el amor. Llegan las envidias alimentando polémicas estériles, difamaciones injustas, sospechas infundadas, maliciosas conductas, controversias sin sentido, propias de personas ambiciosas tocadas de la cabeza y que no alcanzan jamás el corazón, sin el más mínimo sentido de la verdad, que se han creído que la dignidad de la persona humana es siempre un medio de lucro, cuando es un verdadero remedio de cualquier injusticia. Pero se pedirá cuenta de haber hecho de la dignidad humana medio de ganancia sin contentarnos con poco. Veremos que era verdad que sin nada vinimos al

mundo, cuando se nos llame para salir de él, sin nada bajaremos a la fosa al abandonarlo. ¿Quién puede añadir un sólo día a su vida por afanarse y tener más poder, gloria o patrimonio? Pues si teniendo qué comer y qué vestir, en realidad nos basta ¿por qué este continuo disfrazar nuestras acciones bajo el trasdós y la apariencia de una máscara que de forma constante sólo busca vanidad en vanidades, regalo y riquezas que nos hacen caer en tentaciones, trampas y mil sutilezas llenas de afanes absurdos y nocivos, que nos hundan en la perdición y la propia ruina? Loco debo ser si no soy santo.

Esa codicia es desmedida ambición, puerta abierta, causa y raíz, de todos los males. Anclados en su libertad de maniobra nos arrastra, privados de la auténtica libertad creativa lejos de la fe y nos acarrea mucho sufrimiento. Pero no escarmentamos aunque nos seguimos llamando Heraldos ¿de qué Evangelio? ¿De Evangelio de Cristo: No... Mientras a los hombres, mujeres y niños que se dicen cristianos no se nos vea huir de todo esto como de la peste. Nos hemos olvidado de practicar la justicia y sólo atesoramos conocimientos, hemos abandonado mil formas de piedad sencilla y exquisita y ansiamos honores y reconocimientos con los que presionamos y nos imponemos a los que nos rodean hasta donde nuestras fuerzas alcanzan y nuestro gusto se complace. Nuestra fe se debilita en la misma medida que se fortalece nuestro orgullo y justificación (¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?). Nos engañamos. Disfrizamos de propio amor lo que sólo es amor propio. No se ve por ningún lado la paciencia, la delicadeza. Hemos abandonado hace mucho tiempo el combate más difícil: contra uno mismo, apoyado en la fe que digo profesar. ¿Es así como queremos conquistar la vida eterna cuando un día escuchemos que se nos llama a ella por nuestro nombre? Porque fuimos llamados y porque hicimos semejante profesión ante muchos testigos, se nos pedirá cuenta de ello. ¿Qué vamos a responder? Hagamos caso a María que nos recomienda sencillamente: “Haced lo que Él os diga”. Con eso os basta. Contestemos ahora de rodillas delante de la Eucaristía humillando los ojos ante Dios presente en la Sagrada Forma en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad: “aquí estoy Señor para hacer tu voluntad”.

Pensando que la Economía es lo importante se nos dice y se nos repite que todos debemos hacer sacrificios (salvo los que más tienen que menos hacen, sin empezar nunca por ellos, que dan de lo que les sobra, salvo honrosas excepciones que, como *as bruxas*, también las hay, y no pasan desapercibidas).

No son desharrapadas lenguas sino muy encumbradas, las que afirman sin pestañear que mejor es una injusticia grave (un contrato, un salario y unas condiciones indignas) que otra injusticia mayor (estar en el paro, no

llevar sueldo alguno a casa y verse en la calle). Mejor es, la Justicia social. Pero nos exigen dar gracias por las cadenas. Y se pedirá cuenta. De todo se pedirá cuenta.

De todo ello... Los que sufren esta secuencia devastadora en la que de nuevo Caín levanta su mano y la descarga sobre la vida del indefenso Abel, tengan el consuelo de que su padecimiento consta y su llanto se escucha. Y sepan que se pedirá cuenta.

Y quienes han cometido estos crímenes atroces no vivan tranquilos, pues están marcados en la frente y si no se convierten y restituyen en la medida de lo posible el daño causado, ya están condenados a errar por éste Mundo y tendrán Justicia en la otra vida. Se les pedirá cuenta.

¿Cómo hemos olvidado algo tan obvio como que el mismo Dios, que nos creó sin nosotros, no puede salvarnos sin nosotros? Por soberbia. Hoy queremos ser perdonados sin pedir perdón, sin culpa, sin reconocimiento de responsabilidad alguna. ¿De qué podemos ser perdonados así? Hoy el ser humano quiere ser más misericordioso que Dios. He ahí el planteamiento general en la vida pública: se obra mal y se quiere quedar bien. Y quien habla de que se pedirá cuenta es un milenarista, un intolerante, un inmovilista que no quiere pasar página ni sabe que Dios es Amor.

¿Acaso puede haber perdón sin justicia? Alguien puede querer perdonar de corazón pero ¿y si el perdón no se acepta y se recibe? ¿Y si se escupe encima de la víctima y del perdón que ésta ofrece? ¿Se recibe a la fuerza el perdón? ¿No conlleva el perdón examen de conciencia, dolor de los pecados, propósito de la enmienda, decir y reconocer las propias faltas y cumplir la penitencia impuesta? ¿Puede el hombre jugar a ser más misericordioso que Dios? Sí, puede. Y lo está haciendo. En su impávida huida y vagar hacia adelante, errante como Caín que es, su atrevimiento suicida lo hace. Reta a Dios a un concurso de Misericordia y hoy se perdona sin pedir perdón, sin reconocer la culpa, sin propósito de enmienda, sin cumplir la penitencia. Sin restituir el daño en forma alguna. ¿Qué clase de sociedad se construye de esta forma?

No. No nos dejamos salvar. Lo único que puede salvarnos es el amor de Dios. Y no lo aceptamos. Sólo nos queremos a nosotros mismos. Rezamos y decimos: "Hágase tu voluntad" pero no sabemos lo que decimos o en realidad lo sabemos demasiado bien. Lo que pedimos es: "Dame esto, y lo otro. Yo necesito. Lo quiero... lo quiero yo y lo quiero ya". Y si no viene nos enfadamos con Dios de forma indebida y decididamente infantil y caprichosa. No es eso lo que Cristo pretendía cuando nos aconseja ser como niños. No es eso, No es eso... Tomamos el rábano por las hojas nuevamente. Y se pedirá cuenta. Pero ¿crees tú de verdad esto?

Quien dice que acepta el don del amor de Dios, debe aceptar su Palabra y ponerla por obra. Y no lo hacemos. Reconozcamos que si el Mal triunfa en el Mundo es porque siempre hay una excusa para dedicarnos a estar y aparecer muy ocupados en no hacer realmente nada que de verdad nos exponga. Echamos siempre balones fuera y la culpa a otros. Fueron los judíos los que entregaron a la Cruz a Nuestro Señor, fueron los Romanos los que como paganos se encongiaron de hombros. Fueron los musulmanes los que hacen la yihad. Fueron los nazis los que promovieron el Holocausto. Son los neoliberales los que causan las actuales crisis. Son los ateos los que promueven el aborto. Son los comunistas los que no quieren la libertad. Son las Corporaciones Multinacionales las que adoran el dinero... Todos tienen la culpa menos cada uno mismo. Si todos somos inocentes, ¿quiénes son “los demás”?

Los demás somos nosotros. Pues ¿qué hacemos los católicos en la vida pública empezando por los que ocupamos un puesto de relevancia en ella? Nos jugamos de verdad ¿qué? ¿Hasta dónde? Se pedirá un día cuenta. ¿Crees tú acaso algo de esto?

Recientemente un amigo me confesaba que en un Consejo de una importante Asociación reconocida públicamente como católica se había tomado una decisión que todos allí sabían que entrañaba una injusticia grave y consciente contra el afectado, pero era lo que se entendía que había que hacer “orgánicamente” y nadie habló en contra de la injusticia. Este amigo es una persona comprometida y creyente y afirmaba actuar en conciencia y conscientemente del daño (antes y ahora). Con esa conciencia bien formada y animado por el humilde y contrito reconocimiento de culpa, un poco confuso aún, le pregunté ¿eso por qué, cómo fue posible? La respuesta del motivo fue más heladora que la del hecho en sí: “Tengo familia numerosa y dependía de ese trabajo”. Alguien comprometido, con buena formación, rodeado de personas con semejante criterio ¿Y la persona que sufrió la injusticia? Sí porque sigue siendo conveniente que muera un hombre por el pueblo.

Y cuando nos llega el momento como miembros del Sanedrín somos frágiles, cedemos ante la innecesidad de testigos, pedimos a Dios que nos salve siempre a nosotros que decimos Señor, señor y creemos que vamos a perecer. Y si no vemos que Dios actúa haciéndose presente en la forma de nuestro antojo, entonces tiramos por la calle de en medio de nuestro interés humano, hacemos lo que no decimos y decimos lo que no hacemos. Luego creemos que con darnos golpes de pecho bastará. Pero hay que restituir. Y se pedirá cuenta. Pero ¿creemos de verdad en algo de todo esto?

Cuentan una anécdota del Santo Cura de Ars ante una mujer que había causado grave daño en la fama de otra persona. Cuando le puso la pe-

nitencia le dice: “Antes de darte la absolución ve a por esa gallina que vas a preparar hoy en la comida y con ella en la mano te vienes aquí de nuevo pero dando vueltas por todo el pueblo hasta que la desplumes por entero”. Así lo hizo aquella mujer y cuando no quedó una pluma en el cuerpo del animal fue al encuentro del sacerdote que le dijo: Ahora como penitencia vete recogiendo todas las plumas y cuando una a una las hayas reunido, vuelves y te doy la absolución. Pero Padre eso es imposible. Pues semejante es el daño que tú has hecho en el buen nombre de la persona a la que la malediciencia agravia. No olvides al sacar la lengua a pasear que luego hay que restituir. ¿Creemos de verdad esto para no dar rodeos?

No. La verdad es que somos también escribas y fariseos hipócritas que hoy como ayer, nos hemos sentado en la Cátedra de Moisés y nos amparamos en preceptos y longitud de filacterias atadas al brazo izquierdo o sobre la cabeza con las escrituras. Con eso basta para excusar nuestros comportamientos en supuestas incapacidades que nos imposibilitan. Pero se nos pedirá cuenta.

No es esa la verdadera libertad de los Hijos de Dios. Y ¡ay! Un día se pedirá cuenta. A todos. Y no bastará con haber dicho Señor, Señor... para evitar el llanto y el crujir de dientes. Si la sal se vuelve sosa la echarán fuera y la pisará la gente. Estábamos avisados. No podremos quejarnos.

¿Por qué hemos perdido de este modo el respeto del alma de que hablan los santos? ¿Por qué hemos rebajado tanto el listón pensando en la ley del mínimo esfuerzo y la máxima justificación? En la Literatura del Siglo de Oro, en tiempos de reforma y contrarreforma, el Honor y la Trascendencia del ser humano y de su corta vida en la tierra encerrada el alma inmortal en las prisiones y querencias del cuerpo percedero recordaron que si incluso el honor que se alcanza es patrimonio del alma, a Dios también pertenece todo reconocimiento y triunfo humano, no a cada uno, pues que nuestra alma es suya, de Él procede y hacia Él se dirige en su pasos inexorablemente.

Pero de entonces acá el hombre sigue tropezando en la misma piedra sin escarmentar. También por esos siglos, Maquiavelo había escrito en su obra *Historia de Florencia*, como propio lema de su bandera esta exclamación brutal, “amo mi ciudad más que mi propia alma”. Ante el pasaje “hombre de qué te vale ganar el Mundo entero si pierdes tu propia alma” se alza la misma borrando todo atisbo de trascendencia. Lo hace de golpe, si bien al menos, lo declara abiertamente y sin rodeos cuando se expresa así en términos claros, rotundos y tajantes. En esta frase precisamente y siglos más tarde, se aplica Guy Debord a justificar en su obra *Panegírico* haber alzado dos veces su ciudad París. ¿Nos sucede eso a nosotros? ¿Lo admitimos así? En realidad

buscamos dormir la Historia mientras no podemos cambiarla, el mito de la Bella Durmiente.

Fue Albert Einstein el que insinuó que la vida puede resultar peligrosa no es tanto por los que esperan detrás de una esquina agazapados en su oportunidad de hacer algo malo, sino por la inmensa cantidad de gente que toda su vida permanecen sentados a ver simplemente lo que pasa. La aventura del conocimiento para contestar a las últimas preguntas no exige ante lo apasionante de un viaje iluminador que nos llevará siempre hacia lo más profundo de nosotros mismos, alcanzar necesariamente una respuesta definitiva sobre cuanto nos rodea, sino quizás sólo sobre lo que cada uno es, de forma que sabiéndolo *per se ipse*, nadie se lo tenga nunca jamás que descubrir o acaso en algún momento tratar de recordar. Ninguna batalla merece más la pena que la antes que otra debemos dar para conocernos y vencernos a nosotros mismos. Y entonces con fortaleza, cambiar aquello que debamos y podamos mejorar. Con serenidad, aceptar lo que no debamos y no podamos cambiar. Y con sabiduría y humildad, distinguir ambos extremos. Pero también es verdad que el mismo Einstein nos previno a sabiendas de que dos únicas cosas eran infinitas a su juicio: una, el Universo. Y otra les estupidez humana. Pero sólo de la segunda estaba completamente seguro.

El desarrollo de la química de los materiales radioactivos era una materia tan abierta en aquel momento, que el matrimonio Pierre y Marie Curie se refería a ello como “la química de lo imponderable”. Podía decirse que Pierre y Marie Curie usaron su talento en el progreso de la Ciencia y al servicio del Bien Común y con sus trabajos de investigación terapéutica sobre las células cancerígenas, a base de sesiones de radio que afectaron su salud, nos dieron a todos de comer.

Cuando Marie Curie (María Sklodowska-Curie) enviuda quiso optar a la Cátedra de Física de la Sorbona, hallando en ello esta Universidad no un gran honor, sino casi una afrenta. Se le contesta que “los títulos no se heredan por matrimonio” y sólo desdén obtuvo del Decano y del Claustro de la Facultad pese a la evidente penuria a la que más que expuesta, estaba sometida por entonces una viuda con dos hijas a su cargo. Pese a haber recibido *ex aequo* con Pierre Curie, el Nobel de Física poco tiempo antes, las mujeres apenas contaban en el mundo académico, político, social, científico o económico. Sin desanimarse ella, una mujer, y además extranjera, solicitó su ingreso en la Academia de Ciencias Francesa generando una enorme polémica que alcanzó la prensa generalista en su concurso de méritos con un ferviente católico Edouard Branly, propuesto varias veces para el Premio Nobel por sus trabajos sobre algo en aquel momento de especial relevancia: la telegrafía sin hilos.

Un debate que no se opacó ni por la noticia de la muerte de León Tolstoi en aquellas fechas o por el anuncio del primer Rolls Royce en el Salón Parisino del Automóvil, por ejemplo. Y que el 23 de enero de 1911 a pesar de todo ello, bajo el apercibimiento del Presidente del Comité de que los ujieres abrieran la sala a todo el mundo menos a las mujeres, tras dos votaciones, Marie acusada de usurpadora del mérito de su esposo, de visionaria, de ambición desmesurada, de querer opacar la imagen de su esposo desde su muerte, perdió la nominación por un sólo voto. Y no les fue bastante.

Poco después la prensa sensacionalista encontró el filón que necesitaban para darle a María la puntilla que sus enemigos deseaban, en la supuesta relación adúltera aireada por la despechada esposa y la beligerante suegra de un colega casado: el profesor Paul Langevin, integrado junto a otros como Jean Perrin, Henry Poincaré o el mismísimo Albert Einstein, a quien conoció por entonces, en el círculo de influencia de Marie Curie cuyo autorizado desmentido naturalmente no le sirvió de nada en su tribulación. Nunca nadie había recibido dos premios Nobel y cuando se le otorga a Marie el de Química. La Nación entera parece querer olvidar sus méritos. La considera una simple oportunista, cobrando ventaja de investigaciones de su esposo. Si ante la necesidad de los más precarios, miramos a otro lado, ante el mérito de los más excelsos actúa nuestra envidia.

Pero es que alrededor de la teoría de la relatividad y el Premio Nobel de 1921 sucedió algo parecido. Albert Einstein se había casado con Mileva Maric, una serbia a quien desposó en 1900 contra la expresa oposición de la madre del genio. Tras haberse quedado encinta, la hija nacida de ese parto, Lieserl fue dada en adopción. Mileva, de muy limitada condición física por una artritis congénita y poco agraciada al parecer, tenía una lúcida cabeza matemática superior para algunos a la del propio genio (más abierto al pensamiento abstracto que a la ciencia exacta). Lieserl (Lissy en suizo) parece que fue dada en adopción y unos afirman que murió al poco y otros que vivió hasta los años noventa bajo la identidad de Zorka Kaufler. Poco más de cierto hay.

Pero el amor entre los jóvenes Mileva y Albert sobrevivió dos décadas tras aquellos primeros años de Facultad tras descubrirla Einsteinen 1896 y considerarse dos almas gemelas. Aunque nadie pudo afirmar entonces que Mileva pudiera estar detrás de la fórmula  $e=mc^2$ , muchos fueron los que lo intuirían ya entonces. Y más aún los que lo harían después. Y no sin razones.

Primero, Mileva demostró que podía dialogar con genios de igual a igual. Lo hizo con Einstein y con Nicola Tesla, quizá el científico que más sabía de electricidad y energía en su tiempo. La capacidad matemática de Mileva, sumada a las charlas que mantuvo con su amigo Nikola, podrían haber



cimentado lo que sin duda fue al final una intuición genial de Einstein. Cuando a Albert Einstein se le concede el Premio Nobel (1921), entrega íntegra la dotación a Mileva, pese a estar divorciados dos años antes (1919). Einstein utilizaba siempre la primera persona de plural al referirse a sus investigaciones. Los artículos enviados en 1905, su llamado “año milagroso”, a la revista *Annalen der Physik*, llevaban los apellidos de ambos. En varias cartas Einstein y Mileva debaten sobre la relatividad y se refieren a “nuestra teoría”. Pero Mileva y Einstein romperían cuando éste se enamoró de su prima Elsa, madre de dos niñas de una relación anterior y del hijo varón de ambos Hans Albert. Mileva Maric fallecería en 1948. En sus cartas a Elsa el físico alemán se refiere a Mileva como a “una empleada a la que no puedo despedir. Tengo mi propio dormitorio y evito encontrarme a solas con ella. Es la única manera que se me ocurre para poder vivir con ella”. Hay un último dato. Muerta Mileva, Einstein deambula por varias Universidades europeas, hasta que en 1932 aceptó una plaza de profesor en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton (EEUU), donde permanecería hasta su muerte en 1955. En las últimas tres décadas de su vida, es un hecho asombroso que Albert Einstein, tenido por los no iniciados como el mayor genio matemático de la Historia, no presentara al mundo ninguna nueva teoría. ¿A qué se dedicó el padre de la Relatividad en el último tercio de su existencia? Aparentemente en la que llamó Teoría del Campo Unificada, una teoría que habría servido para explicar y englobar todas las fuerzas del Universo, en especial la gravedad y el electromagnetismo. Hay quien dice que el espíritu humanista del genio dió con lo que andaba buscando, pero que su conciencia se impuso sobre la cabeza y decidió no divulgarlo, entendiéndolo que si la humanidad había llevado la fórmula  $e=mc^2$  hasta la bomba atómica ¿qué pasaría con una fórmula que permitiera desatar una energía infinitamente más poderosa e inagotable? Si la Humanidad estaba en el borde mismo de su autodestrucción, mejor esperar para su adecuado uso y disfrute.

Si esa mentalidad de entonces sobre las mujeres (Curie, Maric, etc) en relación a sus más íntimos compañeros de viaje por el Mundo, ha podido cambiar hoy, si Einstein pudo hacer prevalecer la conciencia sobre la ciencia, quizá algún día se llegará a comprender por fin que fe y razón, contra lo que hoy se pretende de manera oficial, no se contraponen en el camino de desvelar el manto de misterio que cubre la Verdad que nos hace auténticamente libres e iguales, sino que siendo individuos únicos e irrepetibles, al contrario, se complementan a tal fin de preservar la dignidad que a todo ser humano le corresponde por el mero hecho de serlo. Pero alguien lo tiene que decir llevando esta afirmación en la parte central de su programa cuando accede a

la Cátedra de Moisés que a tal fin Dios le ha reservado. Se explica por qué han sido así las cosas: cuando ante la verdad se hace pesar más la oportunidad, y más que ésta, el oportunismo. Hay esperanza.

¿Cómo se forman las más valiosas ideas del ser humano? ¿A qué fin han de servir de manera principal y directa? Es un debate que excede al campo mismo de la Ciencia. Parece necesario recurrir a la razón como a la intuición. Cuando la razón disiente del fundamento último de lo natural, es cuando su contenido corre riesgo de desparramarse y hacerse inútil y contraproducente para la Humanidad a la que debiera servir. Peligra el futuro en paz y prosperidad. La mayoría de los avances humanos se han debido a una mezcla de talento, perseverancia, sencillez, humildad, generosidad, esfuerzo y azar. ¿Por qué no fomentar y premiar ese camino recto ante los atajos?

Ningún buen investigador debe tener miedo de su propia audacia, pero tampoco dejarse llevar sin sujeción de su empecinamiento caprichoso. Hay ciertamente siempre algo más allá que lo establecido más acá. El mismo Einstein llegaba a admitir que comprender algo de verdad es ser capaz de explicarse a tu abuela de forma que lo entienda. Antes de descubrir, poder probar y afirmar algo, hay que tener el coraje de intuir esto en el riguroso silencio del trabajo constante.

No es de ahora, sino que desde la antigüedad el hombre se encuentra ante la disyuntiva de domar con la vara de su conciencia recta el caballo más salvaje de todos los que ha cabalgado en la Historia de su caminar por este Mundo: la ciencia que es capaz de alcanzar con la facultad del conocimiento, de la que se encuentra dotado. En palabras del propio Albert Einstein: “Los años de búsqueda en la oscuridad de una verdad que uno siente pero no puede expresar, el deseo intenso y la alternancia de confianza y desazón, hasta que uno encuentra el camino a la claridad y comprensión, sólo son familiares a aquél que los ha experimentado”. Si Einstein no tenía fe en Dios, Dios siempre tuvo fe en Él. Y parece que a veces sentía que latía ahí dentro. Como en todos.

Hay que evitar que el desarrollo de la Ciencia y todos nuestros mejores propósitos y acciones, se transformen en una caja de sembrar vientos en la Historia. Hay que evitar provocar grandes o pequeñas tempestades que causen enormes o concretos estragos como los que hemos visto que acontecen en el Mundo y en nuestra intimidad cuando nos dejamos llevar del amor propio en lo que deberíamos poner propio amor. Para ello es necesario que la razón se oriente al orden natural de las cosas para consolidar el Bien Común en medio de la dignidad inalienable de la persona, de cada persona, como ser dotado de un valor único e irrepetible. ¿Es lo que hacemos?

En todos los órdenes de la convivencia, debemos dirigir la mirada hacia esa dignidad de la persona. Los premios nobel se dotan con los inmensos beneficios que en el seno de su Fundación han producido y producen la titularidad de ciertas patentes de invención. Con ellas se han fabricado potentes explosivos, que como en el caso de la energía atómica sin duda han sido un camino abierto a la realización de maravillosas obras para el progreso y el devenir humano. Pero estamos también expuestos a su utilización como un medio terrible de destrucción en la mano de criminales más o menos poderosos que llevan a los seres humanos a la desgracia y a los pueblos a grandes enfrentamientos, siempre por simple ansia de dominación y de poder.

Es un deber inexcusable en esta era tecnológica más que nunca trabajar por la paz desde la atalaya que supone la salvaguarda en todo momento de la dignidad humana si queremos tener seguridad para saber dónde ponemos el pie en el camino que sin duda alguna, quedará siempre expuesto al polvo del mismo pero que es innegable que debemos tratar de recorrer todos juntos, a pesar de las dificultades y nuestras diversas sensibilidades, intereses, circunstancias y procedencias.

No sólo es necesario llegar a saber hacer; también es muy necesario hacer saber. Siempre hay algo que transmitir de cuanto se ha logrado adquirir. Nadie baja a la fosa con lo que ha sido capaz de acumular en vida. Si alguno se reserva lo que descubre para sí, sin compartir su alegría, o lo altera sin atenerse al fundamento último de las cosas, es simplemente un orgulloso y un ignorante, padecerá una enfermedad cuyo germen irá inoculando a su paso, que es el plantear cuestiones en realidad inútiles y discutirá quizá siempre todo pero atenido en realidad sólo a meras palabras.

La linde se acaba... El buen combate de la fe se inclina si no damos la batalla a nuestra soberbia, porque cuando se conquista una cima nos apropiamos de la victoria y levantamos la mano a la multitud en lugar de humillar los ojos al suelo y elevar el alma al Cielo. Sólo a la vida eterna estamos llamados pero nos contentamos con intentar disimular (y no podemos) que lo que nos complace es la gloria terrenal. Hemos hecho de eso noble profesión ante demasiados testigos. Pero apenas convencemos a nadie. Y seguimos teniendo miedo de morir. No anhelamos el instante gozoso de que Dios nos llame a su lado, deseamos que cuanto más tarde mejor. Porque en el fondo sabemos que de la labor pendiente hemos hecho dejación. Y no estamos preparados. En realidad nunca lo estamos, pero no salimos de puerto seguro, no nos atrevemos a ir mar adentro. Y menos en tiempos en los que amanece muy temprano y amenaza temporal.

Los pobres en el espíritu, tienen ya el Reino de los Cielos porque no deben temer días aciagos, están cercados pero son los hombres más libres e insumisos al peligro que les acecha por parte de los que siembran el mundo de iniquidad. Tanta opulencia e inmensas riquezas que no somos capaces de compartir los que más reciben con los que más lo necesitan. “Dadles vosotros de comer” porque Dios que nos creó sin nosotros no podrá salvarnos sin nosotros. Decía Carlos Carretto que sólo un único acto de amor puro bastaba para levantar la inmensa losa de la culpa. Y no se hace. No somos capaces de acumular en nuestro descargo un único acto de amor puro. Negarnos a nosotros mismos, coger la cruz y dar “un paso”, el que sencillamente se nos pide para “pasar” limpios al banquete eterno. No lo hacemos. La pregunta de nuevo no es por qué sino por qué no...

¿Quién podrá salvarse ni dar a Dios un rescate como precio por su infidelidad? Al morir, nada nos llevaremos, el fasto no bajará conmigo. Aunque en vida me felicite por mi suerte, es una cadena que me ahoga: no he visto nunca la Luz. De la fosa, a la losa... Y bastaría un sólo acto de amor puro.

¿Es que nadie siente hoy correr por sus propias venas ese cosquilleo cada día al despertar que nos da la sensación de encontramos en una fase, más y más avanzada, de formación de la crisálida que nos aboca a la conversión en la especie de monstruo coleóptero que se dibuja la novela kafkiana?

Se nos llena la boca hablando de Democracia, de Estado de Derecho, pero sin atenernos al fundamento último de las cosas, todo es un simple vertedero, un “estado de desecho”, un alarde orgulloso incapaz de disimular nuestra profunda ignorancia. Un intento frustrado y frustrante de propia inutilidad dentro de un aparente y fugaz brillo, la mayor parte de las veces intermitente (ahora sí, ahora no, ahora sí, ahora no).

Padecemos una enfermedad que no nos ciega, sino que nos obliga a cerrar los ojos ante lo que simplemente no nos interesa. Una enfermedad cuyo germen contagiamos a nuestro paso, pues al plantear cuestiones en realidad inútiles, todo lo que nos limitamos a hacer, es juntar simplemente palabras. Por muy elocuentes que parezcan cuando se lanzan al aire. Meros *flatus vocis*.

La democracia hoy necesita ser defendida hasta el límite, porque instrumentos con forma de ley rompen el necesario respeto a las reglas de juego, amenazan desde dentro el Estado de Derecho y tensan y ponen en riesgo la convivencia de todos.

Épocas de cambio, ha habido muchas. Y cambios de época, también algunos ya. Pero acaso ninguna tan evidente, larga, sangrienta como el que parece irreversible en este proceso de deshumanización que ha ido desper-

sonalizando día a día al individuo, lentamente pero sin solución aparente, desde que nos fuera inoculado con las primitivas revoluciones liberales del Siglo XIX un germen.

El siglo llamado hasta hoy mismo “de las luces” estaba llamado a despertar al ser humano del prolongado sueño de la razón, en el que la religión le tenía supuestamente sumido. Lo que se consideró el parto del siglo, alumbraría un nuevo ser humano que “donde existía tiniebla impuesta por la fe, ordenó hágase la luz impuesta por mi razón”.

Y he aquí hoy el deslumbramiento que semejante fogonazo de soberbia ha causado al olvidar que nunca ha llevado al ser humano lejos una razón que se desconsidera que es artículo de fe, que sujeta por la esperanza debe estar siempre guiada por el amor. No escarmentamos por muchos palos que nos demos en las costillas, con las dos piernas hundidas en el terreno hasta las rodillas. Es el *Duelo a garrotazos* de Goya. Si realmente lo hubieramos superado, estaríamos ya, hoy, de otra forma. Por tanto: ¿dormiremos de nuevo la Historia en una versión actualizada de La Bella Durmiente? ¿O queremos deshacer el hechizo con un simple acto de amor puro? “Dadles vosotros de comer”. Corregid las injusticias. No seáis adanes ni ingenuos pero tampoco habléis de buenismo y adanismo para avanzar sin hacer absolutamente nada. Haced lo que Él os diga. Pero ¿escucharéis hoy su voz?

Decía que lo mejor de cualquier cuento es acaso para muchos su moraleja final. Lo que he querido decir es que en la vida muchas veces sucede como en una noria de feria: que estás muy arriba y de repente te encuentras completamente abajo. O al revés, te parece que estás muy, muy, pero que muy abajo, y de repente empiezas a subir, y a subir, sin parar. Y nunca se sabe dónde te vas a quedar cuando el tiempo de la atracción termine y la rueda por fin deje de girar. Nada nos pertenece. Ninguno somos más que otros. Todos somos distintos y por eso todos somos en realidad iguales ante Dios, que sólo cuenta de uno en uno, de uno en uno.

Todo responde a un plan que Dios tiene para nosotros. Nos ha hecho únicos e irrepetibles. Pero a veces no nos resistimos a ser lo que Dios quiere. Nosotros tenemos nuestro propio plan... Y pensamos que deberíamos estar arriba. Deberíamos estar ya. Y deberíamos estar siempre. O bien sucede que estamos muy abajo. Y no confiamos en que las cosas van a cambiar. No sabemos esperar nuestro momento, mientras estamos abajo. Sencillamente nos hundimos, cada día más. Nos impacientamos. Ni cuando estamos arriba, ni cuando estamos abajo, escuchamos su voz. Nos impacientamos mucho. Sí, mucho. Y muy pronto. Demasiado pronto. No dejamos que el milagro de Dios ocurra en nuestras vidas. Porque creemos que la vida que tenemos, nos per-

tenece. Y no es así. No. No es así. No lo es. Si estamos donde estamos hay otros muchos que quizá lo intentaron también y quizá sientan que lo merecían más, pero, arriba o abajo, estamos nosotros. Quizá se nos escapa si nosotros nos hemos esforzado para llegar o que no nos merecemos ese triste fin.

El sacrificio inmenso de Norman es una renuncia suicida: sí... consigue al final que cada uno tenga lo más mezquino que ambicionaba. El rabino su edificio, el abogado su gran boda judía, el hijo del primer ministro entrar en Harvard, el inversor un inmenso negocio, el Estado de Israel el Tratado de Paz y el Primer Ministro la gloria y el reconocimiento. Pero ¿de qué le sirve a Norman dar el Mundo entero si decide poner en juego su alma en el camino para poder seguir adelante hasta el vacío?

Hay un momento en el que algo o alguien enciende siempre la necesaria luz suficiente para intuir que nada es como lo habíamos pensado, que todo es, debe ser y puede ser de otra forma. Estemos en la cumbre o en el borde del abismo ¿por qué no lo intentamos? No es un difícil paso, ni debemos soportar un enorme peso. Por la situación y sus consecuencias, podríamos estar abiertos a una gran oportunidad. Pero como decía Bernard Shaw, en lugar de preguntarnos por qué, deberíamos animarnos a preguntar ¿y por qué no? Quizás entonces moveríamos montañas a nuestro paso. El ciento por uno en este Mundo y además la vida eterna. Un excelente negocio. El mejor podría decirse sin duda alguna. Y a un precio muy asequible: saber-nos creados por amor y para amar. Dadles vosotros de comer. Lo Norman Openheimer escuchó que Alex necesitaba: “sentir la necesidad [...] tener la satisfacción de saber que estoy en condiciones de hacer el Bien que el Mundo precisa hoy, ahora, aquí, en este mismo momento”.

¿Qué, amigo lector? ¿Dormiremos de nuevo la Historia o en nuestro corazón por fin escucharemos hoy su voz para conocer y hacer sólo, siempre, lo que Él nos diga?

Dejemos de preguntarnos por qué...

Plenamente convencidos puestos en sus manos “afirmemos rotundamente” más que preguntarnos solamente: ¿por qué no?